



Voluptuosidad es la palabra

Imágenes de lluvia

Elko Omar Vázquez Erosa

Imágenes de lluvia

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 10



Diván

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2014.

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2019.

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa.

Imagen de portada: Joseph Mallord William Turner. Bell Rock Light House (1819).

Blog: <https://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

En tus ojos suaves como lluvia,
cual destellos en licor de almendra...
como los sueños crepusculares
de góticos y amplios ventanales.

En tus ojos se levanta un mundo,
un trazo de luz y de caoba...
obsesión de soles atrapados
en cristalinas lágrimas de ámbar.

Ya que en el suave roce de tus manos

se oculta la caricia
que refleja los ecos
de cascadas nocturnas,
de añejas melodías,
persistiré en buscar
ese puente de plata
que lleva a la montaña
donde yace la llama
de tu alma, clara y limpia.

Yo no me reconozco
si tus plácidos ojos me abandonan,
si los días se vuelven
helados desencuentros,
polvorientos caminos
plagados de fantasmas,
con rotas ilusiones
que ansían apurar
una copa de olvido.

Trataré de seguirte
más allá de los mares,
más allá de los sueños

que en las tardes lluviosas...
se van desvaneciendo.

La sonrisa de mi niña

es tan dulce como el sueño
de la rosa adormecida
por el viento de la tarde.

Al llegar los fantasmas de la noche

añoré la magia de hablar contigo
y todos los instantes parecían
entretejidos con memorias tristes,
con visiones de mares lejanía
que ansiaban dibujarte en sus latidos.

En tu mirada de tardes tranquilas

se gestan las visiones
que imagina la rosa
cuando es acariciada por el viento.

Son tus ojos de lluvia y de silencio,
ojos de ámbar y almendras,
suaves y profundos como el suspiro
de los mares inciertos.

En tu mirada se esconde el poema,
el canto de una fuente
—suave golpeteo de un ala
agitando el cristal de las aguas—.

Ojos de lluvia, silencio y almendras,
magos ojos nocturnos
que despiertan mi anhelo de imposible,
de ensueño y lejanía.

Mis sueños... oro viejo de tu pelo,

el ansia de mi canto una sonrisa
en el perfume de tus blancas manos.

Una extraña palabra entre los labios,
instantes que la noche llora en plata
para que la mañana entretejida
de suaves pinceladas y rocío
dibuje tu nombre por los caminos
—espejos ondulados del enigma—.

Ella, ráfaga de viento en mis ojos,

entretejida de luna y de ausencia,

pincelada en otoño.

Ella, difuminada a lontananza,

transfigurada en silencios que duelen,

crisol donde se gesta

la lluvia, la alquimia de mi tristeza.

Tu nombre, esa dulce palabra,

ese signo grabado en mi alma.

Los días entretejidos de espinas
me recuerdan mi antigua condición
de loco, peregrino de los yermos,
navegante de mares imposibles
desdibujados de otoño y crepúsculo.

Tú sabes que soy prisionero
de una sonrisa, una mirada.

Los días entretejidos de ausencia
me recuerdan el oro de tu pelo,
oficio de pensarte mientras vago
por secretos resquicios de la tarde,
por los caminos sembrados de olvido.

El canto de las hojas te imagina

con las últimas luces de la tarde.

Son lágrimas las hojas del otoño,
el eco de unos pasos que se alejan,
esa enorme distancia que resbala
del manto helado que viste el silencio
cuando las horas lentas te dibujan.

De noche, dice una antigua leyenda,

con una espina clavada en su pecho

el ruiseñor entonaba su canto

para teñir a la rosa de un sueño,

para ofrecerle hasta el último trino.

A veces te concibe la plegaria

En tus ojos, señora del silencio,
en tus ojos de miel y adormidera
se vislumbra la esencia de los sueños...
sueños de niña dulce y caprichosa.

A veces te concibe la plegaria
—llamado que no encuentra una respuesta—
un sendero engañoso hecho de luna,
puente inasible tendido en los mares...
ilusiones que llevan al viajero
a extraviarse con una exhalación.

He sido enredadera cortejando
una estatua de mármol por creer
que en su rostro brillaba una sonrisa:
no sabía que el astro de la noche,
con su manto de plata, me engañaba.

Tu voz... delirio... canto de sirena...

esencia de los bosques silenciosos
que te sueñan en cada parpadeo,
en alas agitadas de mil pájaros
que fueron recortando tu perfume,
que fueron recortando tu presencia.

Hay veces que te sueño entre los valles,
entre soles ardientes que se alejan
hacia los mares dulces de tu alquimia.

Si de la noche la rosa imagina

la plegaria que anida entre mis labios,
si de la noche plateada la musa,
la musa callada —niña distante—
la niña blanca de un sueño tejido
con la frágil materia de los días,
los días interminables que anhelan
llenarse con la luz de tu presencia.

Si de la rosa narcótica un pétalo,
tan sólo una mirada —una palabra—
estos ojos se vuelven catedrales,
una devoción profunda... por ti.

Los días de noviembre te recuerdan:

hay algo de nostalgia entre las calles
que semejan eternos laberintos.

Tu imagen atrapada en los cristales,
en el silencio dulce de las casas...

Eres como una flor en el desierto,
la dama blanca y suave del poema,
Laura niña en los ojos de Petrarca.

El viento sólo sabe de tu nombre
y el ansia de las olas se parece,
cuando la luna se digna mirarla,
al ansia de mi propio corazón.

Tu voz... ese poema de ternura,

ese timbre infantil,
la clara melodía que me impide
distinguir lo real de los fantasmas.

A veces temo que te desvanezcas
como un sueño en la incierta madrugada...
a veces me pregunto
si sólo te imagino.

Las calles vacías

Días de ausencia:
y traté de robarle
un poema a los cielos
extraviado en la tarde,
en aquellos silencios
de las calles vacías,
entre las luces
que, vueltas lejanía,
imploraban tu nombre,
tu perfume y tu pelo.

Sostienes mi tristeza entre tus manos

como hiciste sin duda en tu niñez
con la cálida agonía de un pájaro
cuyo vuelo rompía en escarlata.

Niña, sin ti los días se me vuelven

como cristales rotos en las manos,
afilados fragmentos de los sueños,
ráfagas de viento y de lluvia helada.

Sin tus ojos no concibo la risa
y las tardes pobladas de fantasmas
semejan los espacios infinitos,
y del norte los mares desolados.

Conozco la agonía de pensarte

emergiendo de las nieblas eternas,
hecha como las sílfides
de sol y helada bruma.

Conozco la agonía de pensarte,
de saber que disfrutas mi tormento
como antaño gozaban
las reinas legendarias.

Acaso debería regresar
a los secretos y amables jardines:
mi bella soledad...
antigua, inaccesible.

Tendría que arrancarme el corazón
para olvidar la imagen de una dama
cincelada con hielo
y terrible silencio.

Tendría que arrancarme el corazón,
los ojos... tu recuerdo.

¿Qué más puedo decirte?

Que yo te daría mi vida entera,
que en mis viajes por el mar los paisajes,
los reinos lejanía
prometían extrañas maravillas,
joyas que fácilmente cambiaría
por estar junto a ti.

No encuentro las palabras...
y no consigo hacerte comprender
que me haces falta como el agua clara
que brillando a lo lejos
constituye la enorme diferencia
para un hombre perdido en el desierto.

¿Qué más puedo decirte?

¿Qué más puedo cantar?

Tu rostro me parece hecho de luz

y el efímero roce de tus manos
—fugitiva cadencia entre las mías—
me recuerda las manos que Leonardo
fue trazando con líneas musicales,
como iluminadas... de leche y sangre.

Soplo de brisa una caricia

que se imagina tu perfume
de adormidera y lontananza.

Ríos de luz una sonrisa,
con los ojos entrecerrados
si con dulzura te sonrojas.

Niña luna, cruzas callada
los paisajes desvanecidos
que sólo saben de añoranza.

En las alas del canto una mirada,

el destello dorado de tus ojos

que son todo mi anhelo.

La noche entretejida de quimeras,

del ángel una plácida sonrisa

que siempre me persigue.

No he visto unos ojos como los tuyos

ni siquiera en la tierra de los sueños...

por eso me obsesionan.

Me he caído del cielo,

he buscado los profundos infiernos
para arder lentamente.

En el silencio me invade una densa,
enorme oscuridad casi palpable
cuando cierro los ojos.

He perdido la luz de esa mirada...
han muerto mis deseos.

Y la imagen cansada en el espejo,

esfinge de la lluvia
tallada con el fuego de la angustia,
con sangre de los ángeles:
tan sólo una pregunta,
tan sólo una raíz entre los vientos
desafiando a la tierra.

Ese rostro de plata y de silencio
perdido entre los gritos
de las ciudades sordas que embriagadas...
acaso era una lágrima
sangrando en el asfalto,
un rostro que, furtivo del espejo,
rompía en la multitud.

Agonías de sol

Bajo la tarde
me sorprende tu imagen
entre los árboles,
bajo los cielos de un sol
que agoniza tan lento,
como el tiempo sin ti:
en húmedos jardines
donde la hierba rompe
los rojos adoquines.

Otras veces el viento
sabe fingirse
tu perfume... tu voz.

Desdibujada

En tus ojos la noche,
en tus fúlgidos ojos
de tormenta y ensueño;
en tu sonrisa los mares eternos
de mi añoranza por tierras lejanas.

¡Ay!, a veces te pienso
de seda, brisa y extraño perfume.

Mujer lontananza —desdibujada—.

Adivinar el nombre

de la dama que duerme
en un valle de gélidos cristales
es encontrar la esencia
que busca el alquimista
en sus noches de insomnio.

Playas desvanecidas por el tiempo...

el mar, desdibujado en la distancia:
el viejo sabio y dulce de mi abuelo,
antiguo militar que me contaba
historias de piratas y guerreros,
historias de bellísimas princesas,
solía atraparme con sus palabras.

A veces se me oprime el corazón
—mariposa teñida en escarlata—
cuando se me vienen a la memoria
aquellas pinceladas de mujer
que yo me inventaba en los días largos
del plácido verano interminable...
y desde entonces, desde aquellos días
te fui tejiendo en la imaginación.

En el silencio de la tarde

matizada de suave rosa
escucho nuevas melodías
que me hablan de los sueños dulces,
aquella enorme expectativa
de la primera juventud.

Yo quisiera llenar tus días
de canciones y sonrisas,
de las suavísimas fragancias
que la blanca gardenia inventa
si de caricias cristalinas
el chorro de agua la ilumina.

Las últimas pinceladas del sol

a través de las hojas de los árboles
van trazando de nuevo tu presencia,
el vuelo perfumado de tu pelo,
los instantes que acechan
detrás de los objetos.

A veces te pretende la memoria
destello y resonancia,
un reflejo furtivo de las aguas,
delirio en las tormentas del otoño,
desvarío plasmado por mis lágrimas.

¿Qué voy a hacer para olvidarte

si cada estatua me recuerda
las dulces líneas de tu rostro?

¿Cómo te borra la memoria
si todo conspira en mi contra?

Los árboles hablan de ti,
la música me ha traicionado,
el vino me lleva a tus ojos
y en los grabados de Doré
siempre te encuentran mis anhelos.

Todos los días son iguales,
todos los días salamandra
que se revuelca en los infiernos.

Ni siquiera un soplo de brisa,
un solo instante en que te olvide,
un breve y mísero reposo.

Porque a veces te presienten

los espacios de la tarde,
los parajes irreales
de borrosas lontananzas,
de ciudades desoladas,
transidos por los esbozos
de dolores infinitos,
por el lúgubre graznido
de las aves de rapiña...
porque a veces te dibujan
los arabescos del viento,
del silencio y de la arena,
voy buscando entre las dunas
los exóticos perfumes
de las eras olvidadas.

Evocarte en noches de insomnio

—oficio de locura—

y atravesar pueblos lejanos,
desdibujados en los cerros,
entre los bosques encantados
donde los suaves ríos
se fingen voz que me encadena,
esas mañanas de ensueño,
cuando tus ojos se posaban
en reinos ilusorios.

La Iglesia melancólica,
silentes calles empedradas
transidas de memoria,
de los recuerdos tristes,
diseño de ansias a tu paso.

Rojiza estela de tu pelo,
la imagen que huye siempre
entre las grietas de la tarde.

Los mares eternos de mi agonía...

esos mares sin tregua para el vuelo
de las aves que pretenden cruzar
sus dimensiones frías e infinitas.

Mares helados,
mares oscuros,
mares donde la noche
entreteje los senderos de plata
con la alucinante piel del abismo,
con cristalinos sueños,
con las promesas rotas
de tus blancas manos entrelazadas
con mis negros cabellos.

Dulce criatura

del anhelo postrero
que lleva a los senderos
de las viejas promesas
—ayeres luminosos—.

Ave nocturna
de mi helado silencio,
del silencio que bebe
el trazo de armonía
que dejaron tus pasos.

Por aquellos días... tus ojos

sabían darme las canciones
de paraísos que buscaba
en los mares nocturnos
de mis visiones indomables.

Eras mi delirio... calvario...
rumor de olas rompiendo
instantes previos a la aurora,
esa belleza que apagaba
la sed de tantas, tantas vidas.

Entre las formas grotescas del musgo

que se adhiere a las raíces nudosas
de los árboles tristes y callados
adivino sonrisas espectrales,
sonrisas tan cercanas a las lágrimas
de los fantasmas tenues y extraviados
desvaneciéndose en los verdes pliegues
de colinas lejanas y encantadas.

Cuentan los viejos de un hombre

que vagaba en el desierto
para morir lentamente,
para arrancar a la sed
su más hermoso poema.

Una tarde, ciego y loco,
pudo trazarlo en la arena.

Amores de la lluvia,

amores caminantes
buscando las quimeras
que entreteje la niebla
en lo alto de los cerros.

Amores imposibles,
amores lontananza
nimbados de tristeza,
arropados por el ronco graznido
de cuervos fugitivos.

Caminos del instante

Hay veces que la noche
se vuelve un trágico delirio,
caminos del instante,
veredas congeladas
donde la muerte acecha
los pasos del amante.

Hay veces que la noche
es un árbol gimiendo,
azotado por la tormenta,
en su indecible soledad.

Sol en ámbar, delirio de tus ojos,

esa belleza altiva y silenciosa,

la elegancia en tus gestos fugitivos,

la suave sonrisa que me transforma

en este peregrino de los yermos.

Sueños de pájaro

Aún ahora, con el viejo
pretexto de tu pelo
busco los jardines perdidos
—mi bella soledad—
y con sueños de pájaro
me adueño del paisaje.

Aún ahora, con el viejo
pretexto de tus ojos
sigo las huellas de la tarde
en borrosas colinas,
y el canto de la espiga
—amante de los vientos—
me muestra sus secretos.

¿Y qué hombre llenará tu vida?

¿Un zafio funcionario chocarrero?

¿Un triste y predecible reportero?

Como el profeta grito en el desierto:

¡He visto príncipes a pie

y mercaderes a caballo!

Tengo los celos de un Otelo

por esas sombras que te acechan,

por esas sombras que me duelen.

Te adoro como hace la noche

con el claro brillo de las estrellas.

Las tardes que me privan de tu voz

se llaman agonía.

Ellas se visten de ropajes grises,
de los días sedientos
que carecen de una simple esperanza...
que carecen de ti.

Sin ti yo no concibo la alegría

y el bullicio de la ciudad me aturde,
por eso vine a este pueblo fantasma,
por eso entre sus calles desoladas
puedo beberme toda mi tristeza.

Recorriendo caminos serpenteados
que desafían los desfiladeros
al viento le confío mis secretos
y rezo, con profunda devoción,
pese a mi antigua guerra con los dioses.

Niña blanca de corazón callado,
niña tierna de sueños infantiles,
en la noche la rosa te recuerda
y mientras duermes pálidos insomnios
te imaginan para velar tu sueño.

Siempre callada te dibuja la nostalgia,

siempre que en la distancia mis frágiles días
buscan la forma de inventarse tu perfume
y cosechar las anheladas primaveras.

Siempre me dueles como un cilicio de espinas.

¿A qué playas se fueron mis poderes?

¿Y dónde quedó la sonrisa irónica
que ganaron mis años de corsario?

¿Y dónde la experiencia de mis viajes
y la ciencia del hábil cortesano?

Mis amigos ya no me reconocen,
los días se me vuelven pura ausencia.

POST SCRIPTUM: PALOMA ALINA

Pecas

A Paloma Vivó

Pequeñas gotas de sol en su piel:
mezcla de leche,
mezcla de sangre y perfume de rosas
con un poco de miel.

Mil pecas para que el sueño coseche
sus luces vigorosas
cuando límpida aceche
de una niña la risa maliciosa
que, tallada como piedra preciosa,
dulcifique la profunda mirada
de unos ojos que nacieron almendra,
y de su pelo, oscuridad airada,
dulcifique la caricia que engendra
de los vientos la melodía alada.

Versos para contentar a Paloma Alina

Apolo, mi legendaria torpeza
me enemistó con una dama linda,
como el bárbaro tosco
que maltratase inadvertidamente,
con manos agrietadas y nudosas,
los frágiles pétalos de una rosa.

Profundamente herido
por el desprecio de Paloma Alina
vengo a pedir, señor de los poetas,
que intercedas por mí
ante las nueve musas:
ellas harán nacer de entre mis manos
jardines luminosos,
extrañas flores, voces fugitivas
que la hagan sonreír, una vez más.

Defiéndeme, señor,
de mi vieja vocación por la lluvia,
de aquellos días grises e invariables,
mendigos de sus ojos almendrados.

Versos para contentar a Paloma Alina II

Ámbar tus ojos, alma cristalina,
plácida como las tardes calladas
cuando recuerdas, indudablemente,
de tus sueños de niña la fragancia.

Silenciosas tardes que te imaginan
transida por agradables nostalgias,
por el negro lustroso de tu pelo
y el eco de furtivas melodías.

Dama Luna, señora lontananza,
en tus manos reside la caricia
y en tu mirada cabe la tristeza.

Estrella del crepúsculo,
princesa de los mares agitados:
no me mires airada,
no me mires lejana.

Paloma Alina camina con gracia

—como una reina antigua—
como el soplo del aura
que rizando las aguas de un estanque
dibuja las plateadas armonías,
los ecos cristalinos de su voz,
el profundo misterio de sus ojos.

Mariposa escarlata es su sonrisa,
mariposa traviesa que de grana
siembra los finos trazos de su rostro.

Es un rayo de luna entre los árboles,
una madona que pintó Leonardo,
adagio sostenuto
huyendo de los dedos de Beethoven.

Tú no sabes de las horas calladas

que recuerdan la luz de tu sonrisa,
el trazo delicado de tus manos.

Las tardes apacibles del otoño
quisieran dibujarte en el silencio,
en la suave caída de las hojas
cuyo carmín envidia tus sonrojos.

De pronto apareció,

confundida entre los rayos del sol,
risueña y linda como la mañana,
como los días azules del mar.

Al punto su sonrisa se volvió
esa flor cristalina
que soñaba un emperador de China
y que esperaba encontrar en la nieve,
o tal vez en un palacio de jade
extraviado en los reinos del crepúsculo.

Acaso era locura,
belleza milagrosa de los ángeles:
fiebre —delirio— absenta.

Paloma sonreía
esgrimiendo las ligeras promesas
que no iba a cumplir.

Al saludarte

En el breve contacto de mi rostro
con tu pelo de seda entretejida
de noche y de perfume
se esconde mi alegría, tenue roce,
onda ligera y dulce
capaz de trasladarme a lontananza
en alas de los sueños ambarinos
que duermen en tus ojos.

Tú me recuerdas valles de azucenas,

el graznido lejano de las bubias
celebrando la belleza del mar,
armonía de trigo
al roce de los vientos.

Tú me recuerdas una melodía
que antaño escuché por un breve instante,
notas que no podía retener
—fluían como agua entre mis dedos—
y en la memoria las luces distantes
de algún pueblo dormido y apacible,
construido en las suaves pinceladas
que cierta madrugada me mostró
la pequeña ventanilla de un tren.

Tú me recuerdas perfume de alfalfa,
la lluvia en los cristales,
del ruisenior el canto
y de la noche la brisa en la playa...

Los días más felices
residen en tus ojos:

desde entonces los sueños
se llaman como tú.

Yo te buscaba nombres en el mar

y en lo más profundo de mi nostalgia
intentaba recrearme en tus ojos,
en esos ojos nocturnos... de vino.

Y ahora un avance especial de:

Arpeggios y fantasmas

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<https://amzn.to/2ku3IpU>

ARPEGIOS Y FANTASMAS

Elko Omar Vázquez Erosa



Voluptuosidad es la palabra

I. ELLA ME MIRABA

Dos de la mañana:

esta deslucida fotografía,
insomne lucidez
que proyecta tu rostro
y una tarde lluviosa
de lentas caricias, bajo los árboles.

Desde la ventana, conjunto de silencios,

del cigarrillo las volutas perfumadas.

Tengo una copa de brandy que te imagina,

que te persigue a través de la distancia,

a través de marismas, como una campanada.

Canta una voz en el viento —no sales de mí—

y no puedo olvidar una tarde vacía

que lentamente fui llenando... de sueños.

La imagen, el recuerdo,

la noche como púas en el agua,

los sueños que borraste

—bastaba un ademán—

bastaba que en tus ojos

brillaran las constelaciones.

Fluye tu pelo en mi sueño,
corona de espinas y distancia...

...borrar tus pasos si pudiera
para que llegase el día
en que el olvido trajera calma;

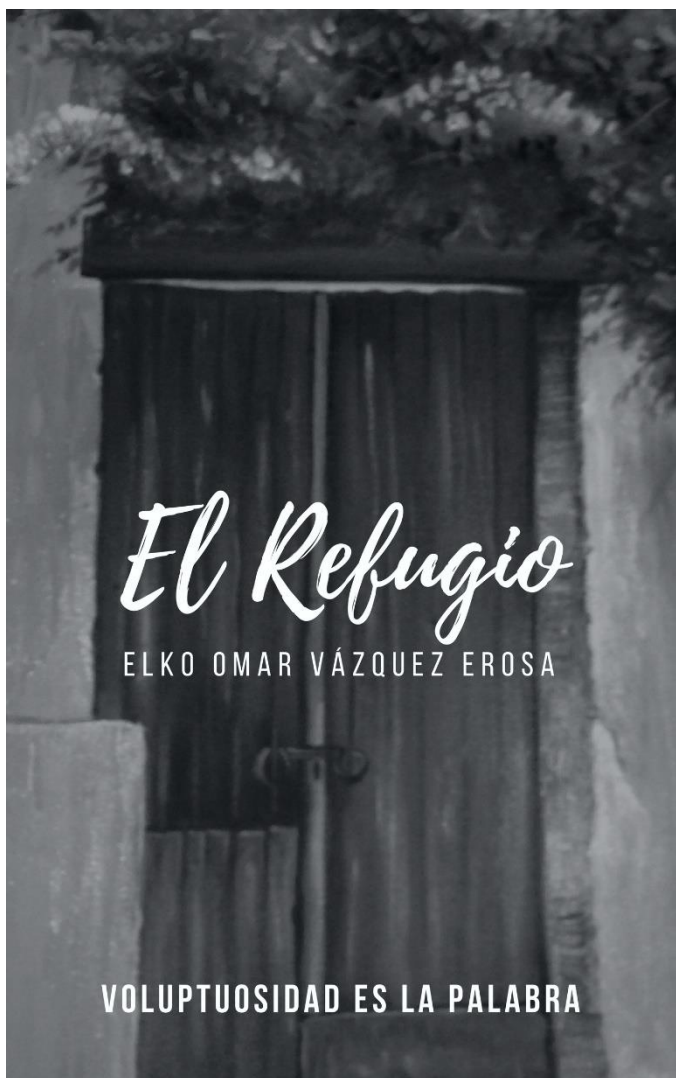
pero explota tu rostro en el cielo
con un diseño de flores salvajes.

Se poblaron nuestras vidas

de visiones y palomas
en las vigas, de recuerdos
en los muros de adobe,
sobre visiones doloridas
de la tarde.

Era tu paso
jardines de la infancia,
rosario de sueños
y cartas de amor
que luego lanzaste
sobre la imagen de la luna
atrapada en el estanque
—espejo fantasma de gemidos
en la carne blanca de tus senos—.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

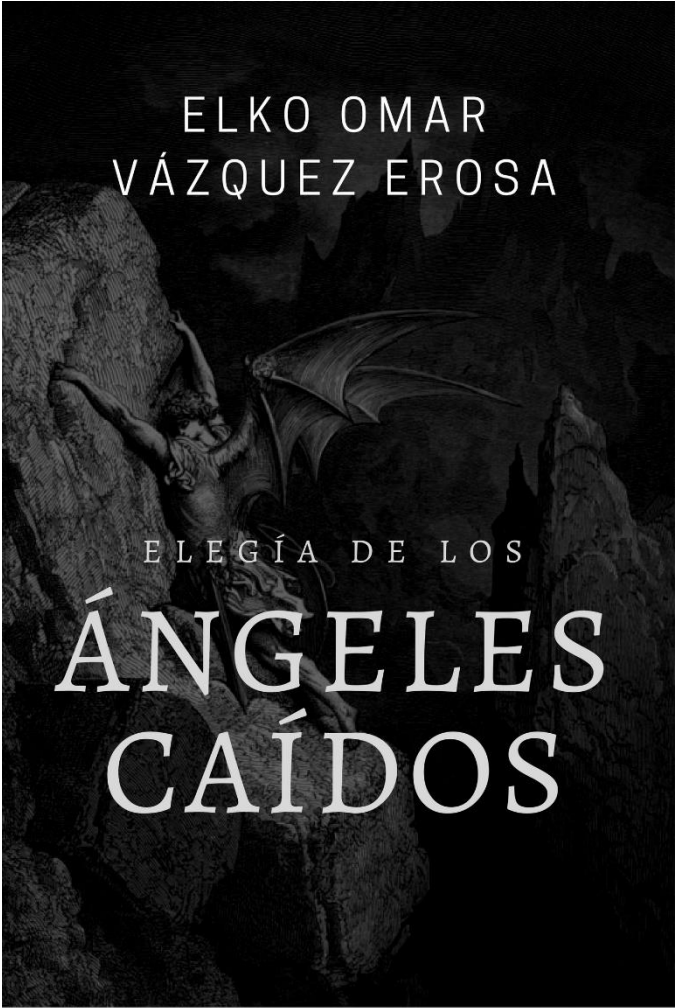


Poemas íntimos, entretejidos de memorias frágiles,
desvanecidos en el tiempo.

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



Poemas de añoranza, derramados como gotas de rocío entre la luna y la sombra.



ELKO OMAR
VÁZQUEZ EROSA

ELEGÍA DE LOS
ÁNGELES
CAÍDOS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas del abismo, labrados a la sombra del naufragio
y el pecado.

Contenido

<i>En tus ojos suaves como lluvia,</i>	3
<i>Ya que en el suave roce de tus manos,</i>	4
<i>La sonrisa de mi niña,</i>	6
<i>Al llegar los fantasmas de la noche,</i>	7
<i>En tu mirada de tardes tranquilas,</i>	8
<i>Mis sueños... oro viejo de tu pelo,</i>	9
<i>Ella, ráfaga de viento en mis ojos,</i>	10
<i>Tu nombre, esa dulce palabra,</i>	11
<i>El canto de las hojas te imagina,</i>	12
<i>De noche, dice una antigua leyenda,</i>	13
<i>A veces te concibe la plegaria,</i>	14
<i>Tu voz... delirio... canto de sirena,</i>	15
<i>Si de la noche la rosa imagina,</i>	16
<i>Los días de noviembre te recuerdan,</i>	17
<i>Tu voz... ese poema de ternura,</i>	18
<i>Las calles vacías,</i>	19
<i>Sostienes mi tristeza entre tus manos,</i>	20
<i>Niña, sin ti los días se me vuelven,</i>	21
<i>Conozco la agonía de pensarte,</i>	22
<i>¿Qué más puedo decirte?,</i>	23
<i>Tu rostro me parece hecho de luz,</i>	24
<i>Soplo de brisa una caricia,</i>	25
<i>En las alas del canto una mirada,</i>	26
<i>Me he caído del cielo,</i>	27
<i>Y la imagen cansada en el espejo,</i>	28
<i>Agonías de sol,</i>	29
<i>Desdibujada,</i>	30
<i>Adivinar el nombre,</i>	31
<i>Playas desvanecidas por el tiempo,</i>	32
<i>En el silencio de la tarde,</i>	33
<i>Las últimas pinceladas del sol,</i>	34

¿Qué voy a hacer para olvidarte?, 35
Porque a veces te presienten, 36
Evocarte en noches de insomnio, 37
Los mares eternos de mi agonía, 38
Dulce criatura, 39
Por aquellos días... tus ojos, 40
Entre las formas grotescas del musgo, 41
Cuentan los viejos de un hombre, 42
Amores de la lluvia, 43
Caminos del instante, 44
Sol en ámbar, delirio de tus ojos, 45
Sueños de pájaro, 46
¿Y qué hombre llenará tu vida?, 47
Las tardes que me privan de tu voz, 48
Sin ti yo no concibo la alegría, 49
Niña blanca de corazón callado, 50
Siempre callada te dibuja la nostalgia, 51
¿A qué playas se fueron mis poderes?, 52

Post scriptum: Paloma Alina, 53

Pecas, 54
Versos para contentar a Paloma Alina, 55
Versos para contentar a Paloma Alina II, 56
Paloma Alina camina con gracia, 57
Tú no sabes de las horas calladas, 58
De pronto apareció, 59
Al saludarte, 60
Tú me recuerdas valles de azucenas, 61
Yo te buscaba nombres en el mar, 63

Un avance de Arpegios y fantasmas, 64
Otros libros del autor, 72